

**Maximiliano Barrientos**  
**HOTELES**



**Lectulandia**

Un actor y una actriz de cine porno huyen de sus vidas pasadas en un Chrysler Imperial negro junto a la hija, aún niña, de la mujer. Conducen bajo un sol inclemente, por carreteras siempre iguales, por paisajes inhóspitos y de caballos muertos: paisajes de países pobres. Cada uno de ellos nos cuenta ese viaje, su huida hacia ninguna parte, pero será otra cuarta voz, la de un director de documentales fascinado por esta historia, la que nos narre, ya en el presente, cuánto puede haber de esos tres personajes solitarios en cada uno de nosotros.

**Lectulandia**

Maximiliano Barrientos

# **Hoteles**

ePub r1.0

Titivillus 19.02.17

Título original: *Hoteles*  
Maximiliano Barrientos, 2011

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Un Chrysler Imperial en la noche y en los atardeceres más anaranjados. El polvo tapizaba los vidrios —la gente lo debe recordar de esa forma, un auto cubierto de tierra, como si proviniese de los albores de una revuelta armada. Polvo y centenares de insectos muertos en el capó y en el parachoques.

La niña no hablaba en horas, y luego preguntaba:

¿Cuándo va a ser la Tercera Guerra Mundial?

La mujer, en el tercer hotel donde durmieron, recordó uno de los cumpleaños de su padre. Su padre en el último y más difícil momento de la diabetes. Su padre rodeado de amigos. Ella, una niña entonces, le sacaba fotos. Su madre servía gaseosas. Sus amigos festejaban alzando los vasos en una de las salas del hospital.

La carretera era siempre la misma. Había sol y paisajes inhóspitos, paisajes de países pobres.

Cargaban gasolina y seguían de largo. El kilometraje se acumulaba en el tablero.

¿Cómo se va a ver el cielo con todos los misiles cruzándolo?, preguntaba la niña.

Seis años. Un rostro pecoso. Cuando pierda la mayor parte de su inocencia se parecerá a la madre. Todavía falta mucho.

Los colores del cielo cuando las bombas estallen, decía la niña. Nadie va a estar vivo para sacar fotos de eso tan lindo.

El hombre bebía cerveza viendo tele. Se quedaba dormido y despertaba y encontraba películas viejas o telenovelas, la cerveza caliente sobre la mesa, el atardecer, los últimos rayos filtrándose por las persianas y salpicando la cama y la ropa que colgaba de las sillas.

En uno de los veladores encontró una biblia, y entre sus páginas, fotos de una mujer desnuda. Eran polaroids. La mujer ensayaba distintas posturas. Se la veía feliz, radiante. Las fotos como cartas o mensajes desesperados.

Pensó:

Le dice quién fue a desconocidos. Le dice fui feliz en ese momento.

Las veía tomar sol en la piscina. Cerraba los ojos, el calor lo adormecía. Estaba en un grado constante de aturdimiento, con el nivel más bajo de lucidez, una estupidez agradable que lo separaba del mundo, del ruido, del resto de los seres humanos.

Una vez vio cómo mataban a un *dealer*. Sucedió dos años antes de entrar en el negocio de las películas para adultos. Fue en una pelea, lo acuchillaron a la salida de una discoteca.

Lloraba, pedía ayuda, tenía sangre en la ropa. Se arrastraba y dejaba un charquito a su paso.

Como un caracol, pensó. La huella de un caracol —no sentía miedo ni asco, ni se recriminó moralmente por estar quieto ahí y mirar únicamente, era una fascinación boba que no intentaba explicarse.

Se puso de cuclillas y lo vio desplazarse hasta que no pudo más y quedó quieto. Lloraba y no intentaba detener la sangre que brotaba de su cuerpo.

A veces paraban en pleno camino y veían a la niña broncearse en el techo del

Chrysler.

Él pensaba en el hombre desangrado, el recuerdo no se borraba, aunque le era imposible reconstruir sus facciones. Recordaba la ropa que llevaba y la sangre en el piso, pero no sabía si tenía bigote o si la nariz era grande o pequeña. Lo imaginaba como su padre, que murió en un aserradero cuando él tenía diez años. No le pedía nada, moría pensando cosas que le sería imposible averiguar, insultos insospechados, oraciones dirigidas a un Dios en el que nunca creyó.

El aire acondicionado se había estropeado, por lo que las ventanillas del Chrysler constantemente estaban bajadas. La niña sacaba la cabeza y gritaba cada vez que veían un auto. Era un juego que inventó cuando estaba loca de aburrimiento, cuando ya había agotado todas las preguntas, cuando las fantasías de la Tercera Guerra Mundial no conseguían asustarla.

Viajaron cuatro meses. El auto se estropeó y lo abandonaron.

Con el dinero que les quedaba compraron tres pasajes de avión en Cali, y en un puñado de horas cruzaron lo que les demoró semanas enteras en aquel Chrysler Imperial negro modelo 92.

Al ver las nubes por la ventanilla, la mujer recordó el sol que llegaba a su rostro a través del parabrisas manchado con cadáveres de bichos. Recordó la transpiración que se acumulaba en su cuello y en su nuca. Cerró los ojos para imaginar todos esos lugares que desaparecían en su mente: un montón de piscinas cuadradas, micromercados con aire acondicionado, habitaciones con una cama matrimonial y una pequeña, de una sola plaza, donde dormía la niña.

En el avión apenas hablaron. Estaban agotados, hambrientos y aturcidos. La niña cantaba canciones que inventaba. Las cantaba bajito, para ella sola, como si temiese que alguien más la escuchara y se las apropiara.

El hombre soñó con su hijo. Estaban en un pastizal y una yegua acababa de parir. El niño agarraba una de sus manos y los dos contemplaban en silencio al caballito que daba sus primeros pasos en la tierra.

La mujer soñó que hacía el amor con un soldado.

La niña soñó con el hombre. Volvían al lugar donde abandonaron el auto. Atardecía, se subió al capó y miró el cielo. Bailaba solo a pesar de que no había música. La niña reía, el sol se ocultaba a lo lejos, una luz silenciosa se esparcía por los despojos del auto y llenaba los ojos de la niña y los movimientos torpes del hombre.

Al salir del aeropuerto abordaron taxis distintos. Vieron la ciudad por la ventanilla, postales que desaparecían a toda velocidad.

# I

*No tengo ninguna imagen. Tengo testimonios, pero no fotos ni grabaciones. No hay ningún registro, el viaje desapareció por completo. A veces sueño con el auto abandonado en algún lugar del camino. Las partes del auto. El chasis oxidado. El sol y el polvo deteriorándolo, convirtiéndolo en despojos. Fantaseo con llevar la cámara y filmar lo que quedó del Chrysler, los restos, algo muerto y hermoso. Nadie podrá decodificar el pasado que contiene. Un objeto inexplicable, perdido, triste.*



## II

## TERO

Fueron doce o trece semanas, se nos jodió el auto y regresamos.

*Baja la vista.*

Un cenicero repleto de colillas, la cama revuelta, la espalda de Abigail mientras se desviste. Afuera la niña juega con el perro del dueño del hotel. Estoy exhausto, apenas puedo mantener los ojos abiertos. La escucho cantar una canción mientras se baña.

Andrea corre tras el perro, le grita.

No hay nadie más en el patio.

Ésa es la primera imagen: colillas, la voz de Abigail. La niña corriendo.

*Se queda callado durante unos segundos, juega con la cajetilla de cigarrillos.*

Viajamos para formar imágenes. Viajar es construir un paisaje privado, una colección de espacios mutantes: ciudades que son fragmentos de muchas ciudades.

*Se pone de pie, el mesero le enciende un cigarrillo. Se apoya en la barra del Irish, tiene treinta y cinco años, se rapó el pelo, empieza a dejarse la barba. Fuma y mira los autos estacionados, distintos modelos, distintas marcas. Las personas entran en los pubs de la zona: el Canadian, el Dixie, todos fundados por extranjeros. Mira a la cámara, me mira, vuelve a fumar.*

Un impulso, querer irse, querer estar en otra parte, tener las agallas para hacerlo.

*Espera que diga algo, pero no lo hago. No se trata de mí, se trata de él, de Abigail, de Andrea.*

Pero tampoco hay que pensarlo como un escape, todo el sentido se adulteraría si lo pensaras en esos términos.

## ABIGAIL

Fue una locura. Acabábamos de rodar el *reality* de Venus, estábamos exhaustos. Fuimos a un bar, tomamos unas cervezas. Sacó unos papeles con anotaciones, mapas, nombres de ciudades, nombres de alojamientos, ese tipo de cosas.

Esta noche me voy, dejaré todo esto, dijo.

Hizo un gesto vago con la mano, bajó la mirada. Se quedó callado.

Voy a viajar por estos lugares, dijo.

Apuntó las anotaciones y los mapas. Letra diminuta, ilegible. Tuve el impulso de pasar una mano por su cara, subirla hasta el pelo y estrujárselo. Estaba lejos, a punto de romperse. Bebía cerveza dando tragos largos.

Tero, ¿adónde querés irte?, pregunté.

*Bebe un sorbo de café, mira a su madre que acaba de entrar con la niña. Andrea corre hasta donde está Abigail y dice que quiere que le compre un perro que acaba de ver. Cruza las piernas, mira a la cámara. Abigail tiene la misma edad de Tero y podría enamorarte en cualquier segundo con solo quedarse callada y cruzar las piernas como lo está haciendo en este momento. Trato de imaginarla en algunas películas de sexo explícito pero ni las escenas más crudas pueden anular esta sensación de ternura.*

Al salir del bar, pasamos por la casa de mi madre. Recogimos a Andrea, dejamos una nota y nos fuimos.

Una locura, lo dije desde un principio. Un capricho.

La primera imagen que me viene es la de los tres en el auto, a las cuatro de la tarde, parados frente a un semáforo en rojo. Estamos callados. Andrea canta. La vemos por el espejo retrovisor. Nos mira, se queda callada.

Es aliviadora la sensación de no saber a dónde estás yendo. Lo es, al menos en un principio, lo juro.

*Sonríe.*

## TERO

La niña duerme en el asiento trasero. Abigail mira por la ventanilla.

Bosteza, se asegura de que su hija esté bien abrigada. Es un pueblo grande y la gente merodea por las calles y las confiterías. Es el comienzo de la noche.

Esto parece el pasado, dice Abigail.

Asienta su cabeza en mi hombro mientras avanzamos lentamente por una calle de tierra. Estaciono frente a un hotel pequeño. Después de registrarnos, entramos en la habitación.

Llevo en brazos a la niña, duerme profundamente.

Es un cuarto grande con una cama matrimonial y una sencilla, como casi todas las piezas que nos tocaron. Echo una mirada por la ventana. Abigail me abraza.

Está completamente dormida, si querés dar una vuelta, yo me quedo, dice.

En el centro de la plaza unos niños juegan con fuegos artificiales. Ocupo uno de los bancos y veo la fachada de las casas, los automóviles parqueados. Diviso una silueta mirando desde la ventana del cuarto.

Recuerdo los carros que quedaron en el camino, la carretera iluminada por los letreros de las gasolineras y los micromercados. Abigail a mi lado, ensimismada.

*Asienta la vista en la mancha de agua que hay en la mesa causada por el vaso de cerveza. Mira la calle, un grupo de amigos se embriaga en uno de los bancos de la acera. Le alcanzo el último cigarrillo que me queda. Se pone de pie y llama al mesero. Mira a la cámara, no lo hace muy seguido.*

Es un día festivo, estoy rodeado por personas que no conozco. Pienso en Laura, camina descalza en el primer departamento que tuvimos. La vi bailar sola y con extraños. La vi mirarme a los ojos, reír. Desvestirse despacio. Cambiar el orden de los muebles. El pelo rubio, corto. Se lo cepillaba antes de dormir. Soñaba con números.

Al volver encuentro a Abigail durmiendo en la cama de su hija, las dos muy juntas, la niña como una versión pequeña de la adulta. Me siento en la otra cama, las observo durante unos minutos con la luz apagada.

## ABIGAIL

No sé cómo seleccionó todos esos lugares. Los autos son viejos, las casas tienen fachadas antiguas. Tero va a hablar con el encargado del hotel y yo me quedo en el Chrysler, Andrea está dormida. Pienso en mi madre y en su esposo leyendo la nota que les dejé. Los imagino sentados a la mesita de la cocina, callados, intentando formarse una idea de lo sucedido.

Andrea se mueve pero no despierta, le subo la campera hasta los hombros. Desde que nació, su vida es una fuga continua.

Regresa, dice que consiguió una habitación.

¿Cómo se llama este lugar?, pregunto.

No responde, abre la puerta trasera, alza a Andrea y me observa indeciso. Está cansado, tiene ojeras y el pelo seco porque no se lo ha lavado en días.

Lo abrazo, está tenso. Tose. No quiere mirarme a los ojos.

Andá, da unas vueltas, yo me quedo con ella, digo.

Agarra mis manos, que cruzan su cintura, y asiente. Nos quedamos así unos segundos, mirando a unos niños que encienden petardos y corren a resguardarse detrás de unos basureros.

Pongo la ducha. Pienso en la mujer que fui hace diez años, cuando no sopesaba la posibilidad de tener hijos. Esa mujer egoísta y vanidosa, quiero pedirle que no se extravíe.

Esparzo shampoo por el pelo, es una sensación placentera, me relaja.

Cuando regreso a la habitación, Tero ya no está. Cubro a Andrea con la colcha y le doy un beso en la mejilla. Al secar mi cuerpo la visualizo de más edad, con quince. Una niña que empieza a salir con chicos y a la que le cuesta comunicarse conmigo. Una niña que ya no es tan niña, jugando a que puede dejar de serlo cuando se le da la gana.

Me acuesto a su lado. Abren la puerta de la habitación contigua, escucho la voz de una chica, después la de un chico.

Segundos más tarde:

Tu padre no se va a enterar de nada.

¿Vos crees?, tengo miedo, dice ella.

Los imagino en la cama, con el televisor apagado.

¿Te importa que me quite los zapatos y la chompa?, pregunta el chico.

No responde. El dice algo que no logro entender. Paso un brazo por la pequeña cintura de Andrea. Dos chicos nerviosos, desvistiéndose. No se miran.

*Se alisa las puntas de la falda. Busca recuerdos de esa noche, la primera del viaje. Habla sin mirara la cámara. Bajo la vista cuando nuestras miradas se encuentran.*

Era un poco el deseo de ser extraños. Viajar, irnos, nos ayudaba a vernos con cierta objetividad.

*Tose, se saca unos mechones que caen en su frente. Recién acaba de pintarse los labios.*

Abrazo a mi hija y no sé en qué momento me quedo dormida. Oigo las voces de los chicos, no entiendo lo que dicen. Serán jóvenes por muy poco tiempo. Harán el amor, descubrirán ciertas cosas. Estarán con otras personas. Fumarán en exceso y se quedarán callados en el teléfono por demasiado tiempo. Abandonarán fiestas y terminarán con amigos y se llamarán en ciertos días, a horas indiscretas. Necesitarán afecto cuando ya no sea posible el consuelo. El día menos pensado buscarán la forma de huir.

## ANDREA

Lugares nuevos, era divertido. No pensaba en el colegio ni en la casa, aunque a veces recordaba a mis amigos.

Extrañaba a la abuela y le preguntaba a mamá por ella. Decía que estaba bien, que la vería pronto. Tenía la impresión de que no la vería nunca más y no sentía tristeza o miedo, sólo una especie de vértigo.

Soñaba que se alejaba de nosotros y le gritaba que se quedara quieta, pero ella seguía yéndose. Se convertía en una persona muy pequeñita a medida que se alejaba.

*La plaza está prácticamente vacía, algunos niños juegan a unos metros. Es una tarde con viento, el equipo de filmación llama la atención de algunos. Nos observan con cierta reticencia.*

Lo que más me gustaba eran las piscinas. Mamá compró dos mallas idénticas, una para ella y otra para mí. Tomábamos sol y a veces Tero nos acompañaba, se quedaba algunos minutos con nosotras y luego volvía a la habitación o revisaba el motor del auto.

Jugábamos a que éramos monstruos marinos y nos perseguíamos bajo el agua.

La tarde del primer hotel al que llegamos, le digo:

Quiero respirar bajo el agua.

Es imposible.

¿Por qué?

Porque no tenés branquias, tenés pulmones.

¿Por qué no tengo branquias?

Porque sos un ser humano, no un pez.

Cierro los ojos bajo el agua y pienso que soy un pez y que estoy en la pecera de un niño. Soy un pez que no sabe que vive en una pecera sino en un río o en un lago, un pez que nunca descubrirá que vive engañado. Emerjo, mamá tiene gafas oscuras. Se broncea despacio.

Soy un pez, digo.

No responde. Es una tarde soleada y otras personas se acercan y yo deseo que no lo hagan, yo deseo que el tiempo se detenga. Nado, me alejo.

# III



*A mi novia le pareció una buena idea.*

*Se la comenté después de ver el reality en el que tres participantes convivían con una serie de actrices porno en una mansión ubicada a unos kilómetros de la ciudad. El ganador viajó a Los Ángeles para trabajar profesionalmente como actor de películas para adultos.*

*Al comienzo pensé hacerlo con él, pero después me enteré de algo que podría funcionar mejor: Tero y Abigail, dos de los actores (Tero no era uno de los concursantes, era un actor profesional que trabajaba para la directora desde hacía años), escaparon cuando acabó la filmación. Nadie supo adónde se habían ido, ni siquiera la madre de Abigail sabía del paradero de su hija y de su nieta. Estuve buscándolos alrededor de tres meses sin obtener ningún resultado a pesar de que hablé con productores, actores y personas del medio.*

*Di por perdido el proyecto, empecé a hacer nuevos planes. Esa era la situación al principio de este año cuando recibí su llamada.*

*Mi madre me contó que usted es director de cine, dijo.*

*En ese momento me vinieron a la mente imágenes nada pudorosas, cambié el auricular de mano y dije que sí sin poder evitar sonrojarme.*

*Ya no hago pornos.*

*El documental no es pornografía.*

*Lo escucho, dijo.*

*Vivo con mi novia desde hace dos años. Estudiamos cine. Ella es actriz, participó en algunas películas nacionales, hasta ahora sólo se involucró en proyectos pequeños, en su mayoría cine experimental. Cumplirá veinticinco dentro de unos meses.*

*La conocí en el set de una película que dirigía un amigo.*

*Entes es una cinta de ciencia ficción muy influenciada por David Cronenberg. Trata de un grupo de personas a las que insertan dispositivos orgánicos en el cerebro, lo que las convierte en zombies, cuerpos dóciles que emplean para una serie de asesinatos. La peli no llegó a editarse jamás, terminó siendo un proyecto incompleto como casi todas las que se hacían en la facultad durante esos años.*

*Cristina era una de aquellas zombis. La primera vez que la vi, la estaban maquillando en uno de los escalones del edificio donde filmaban. Fumaba mientras una mujer le arreglaba el pelo. Esa tarde fuimos a ver películas a mi casa y desde entonces estamos juntos.*

*Había terminado con un novio con el que vivió tres años y no se encontraba bien. Se quedaba callada en medio de una conversación y se iba a la cocina o se encerraba en el baño. Abandonaba los bares o las fiestas sin dar explicación, y cuando la llamaba al día siguiente y le preguntaba qué había sucedido, decía que se sintió rara y que tuvo que irse. No había tenido una relación que durase más de tres meses, así que cuando cumplimos el primer año le pedí que nos mudáramos a un mismo departamento.*

*Cuando regresó de uno de sus ensayos, le conté que Abigail llamó. Me encontró en la sala bebiendo un café.*

*Estoy muerta, dijo.*

*Buscó el whisky y se sirvió un vaso sin hielo. Se sentó en el sofá.*

*¿Y cómo es su voz?, preguntó.*

*Versiones de un viaje donde el destino no era lo que importaba —en realidad nunca hubo un destino, sólo existió el viaje como acto de desaparición. Estar en constante movimiento, alejándose: me interesan los detalles de ese alejamiento.*

*La vida privada de dos exactores porno en un contexto alejado del sexo: ¿quiénes son cuando no están cogiendo?*

*La vida en escenarios de tránsitos: hoteles, cafeterías, lavanderías.*

*¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué se fueron sin avisar a nadie? ¿Escapaban de algo? ¿Qué razones tenían para desaparecer?*

*Le expliqué estas ideas a Cristina. Acabó el whisky, dijo:*

*Suena interesante.*

*Cerró los ojos y dejó el vaso vacío entre sus piernas. Quise abrazarla en ese momento, pero se encerró en el dormitorio. Cerré los ojos y tuve una imagen de la carretera perdida, por todas partes el desierto. Me alejaba de mi propia vida.*

*Hoy tuvimos el primer día de rodaje.*

*Tero y Abigail hablaron de los primeros recuerdos. Me interesa que los relaten en tiempo presente. Crónicas mínimas, ideas sueltas. El relato como un collage de impresiones. Ninguno tenía una idea clara de por qué viajaron de forma imprevista. Entenderlo como un escape es reducirlo. No se fueron para escapar, sino para fabricar un pasado en común.*

*Todo viaje es la construcción consciente de un pasado. Se dejan atrás lugares impersonales (hoteles, cafeterías, bares, estacionamientos, lavanderías) para inventar lugares íntimos (en esto Tero está en lo cierto: el viaje como la construcción de un paisaje privado).*

*Cristina come un sándwich recostada en la cama.*

*¿Cómo te fue con tus actores porno?, pregunta.*

*Me desvisto y me acuesto a su lado. Está concentrada en un episodio de Padre de familia.*

*Ríe, pienso en la vida que tuvo con su otra pareja, estuvieron a punto de casarse.*

*Paso una mano por su cintura, después por sus senos, pero Cristina no tiene ganas de hacer el amor, retira mi mano de sus muslos sin mirarme o pedirme que me detenga. No vuelvo a insistir y me concentro en los dibujos animados, un compendio de ironía y estupidez.*

*Río sin ganas, me mira enfadada.*

# IV

## TERO

Vamos a ochenta por hora.

Qué pasaría si un avión cayera en medio del desierto, pregunta Andrea.

Abigail habla del estruendo y de las muertes. Habla del fuego, del fuselaje destruido. Habla de costosas piezas de ingeniería consumidas por las llamas. Turbinas, las alas, la cola. Hay algo fascinante en los desastres de grandes magnitudes.

La vista se nubla, bebo agua y me echo un chorro por el cuello. La temperatura alcanza los treinta y tres grados. Un ruido y pierdo la dirección, giro a la izquierda y luego a la derecha, las bocinas nos aturden. Logro estabilizarlo y lo llevo a un costado de la ruta.

Nadie dice nada, uno de esos silencios cargados de miedo.

La radio se activa, el golpe la puso en funcionamiento.

¿Qué fue?, pregunta Andrea.

Abigail me mira.

Una rueda, se pinchó una rueda, digo.

Voy al compartimiento donde guardamos los trastos, busco la de auxilio y cuando logro sacarla, encuentro a Andrea observándome. Acerca los labios al vidrio e infla los cachetes como si fuera un pez. Paso un dedo alrededor de sus labios, nos separa el vidrio. Andrea ríe, Abigail me observa desde el asiento delantero. También sonrío.

Comienzo a trabajar. A los pocos segundos madre e hija están a mi lado, el calor es insoportable.

¿Todo bien?, pregunta Abigail.

Todo bien.

Andrea corre. Extiende ambos brazos como si fuera un avión cayendo en picada. Abigail se protege del sol con una revista y la sigue con la vista. Se hace muy pequeña, se convierte en un punto que varía de forma a medida que se mueve.

No te alejés demasiado, puede ser peligroso, volvé, le grita.

Entra y sale furtivamente de nuestros campos visuales.

Abigail se pone de cuclillas y bosteza. Tiene el rostro cubierto de transpiración.

Logro sacar la rueda pinchada y la dejo a un lado de la movilidad. Oímos la bocina de un camión y la ola de viento y polvo nos golpea.

Andrea se detiene en seco, tiene el rostro enrojecido. Respira con dificultad.

¿Estás bien?, le pregunta Abigail.

Entra al auto y se acuesta en el asiento trasero. Canta.

*La temperatura bajó súbitamente, ayer hacía calor, ahora todo el mundo lleva abrigos. Caminamos por el centro de la ciudad. Tero bebe café.*

Andrea duerme o finge dormir recostada en el asiento trasero. Abigail fuma, bota humo por el pequeño espacio de la ventanilla que dejó abierto. Llegamos a una gasolinera.

¿Querés ir al baño?, pregunta Abigail.

No tengo ganas.

La baja a la fuerza, la niña rezonga.

No quiero ir al baño, ma, no tengo ganas, se queja.

Igual vas a ir, mirá que más allá no hay nada.

Le pido a uno de los chicos que llene el tanque.

Compro comida y botellas de agua.

Entro en una cabina telefónica.

Es un impulso. Todo el viaje fue un impulso.

Es la primera llamada después de cinco años.

Marco el número.

## ABIGAIL

Llegamos a un pueblo que tenía un pequeño cementerio. Detiene el auto. Baja y se pierde por una de las entradas. Andrea lo observa con la boca abierta. Sale corriendo.

Tranquilízate, le digo a mi hija.

Corre alrededor de las tumbas y de los árboles. Es un cementerio parecido a un jardín, con estatuas y mausoleos estilizados, algo bastante desconcertante teniendo en cuenta que es uno de pueblo. Todas las tumbas son de alemanes y los epitafios están escritos en ese idioma, no entiendo nada de lo que dice en las lápidas.

Son nazis, le digo a Tero cuando lo encuentro. No responde, bebe agua de una botella de plástico.

¿Cómo estás?, pregunto.

Permanece callado.

¿Estás bien?, vuelvo a preguntar.

Deja la botella sobre el mármol y asiente.

Andrea nos llama.

Quedate aquí, voy a ver qué quiere, digo.

Tomo uno de los pasillos, la escucho correr. Grito su nombre, ríe. Me llama.

¿Dónde te metiste?

Está dentro de una pequeña caverna, jugando con un gato.

Mirá, mami, ¿sabés cómo se llama?

Salí de ahí. Te ensuciaste enterita.

Se llama *Antonio*.

Tiene una rara fascinación por los gatos. Cuando viví un tiempo en La Paz se obsesionó con el de la dueña del residencial donde nos hospedamos.

Lo deja en libertad y sale corriendo.

¿Por qué no lo podemos llevar?, pregunta.

Porque de seguro ya tiene una casa.

¿Una casa? Aquí están todos muertos, dice.

Tero está en el auto, tiene los ojos enrojecidos, como si hubiera llorado. Andrea va al asiento trasero y pide que le dé algo de comer, le alcanzo un chocolate.

*Hace una pausa para tragar. Le echa más sal a su filete de pollo y mira por la ventanilla del restaurante a un grupo de niños que pasa corriendo. Detrás aparece un hombre gritando. Abigail bebe un sorbo de agua.*

Voy con Andrea a la piscina, vestimos las mismas mallas. Se zambulle y nada en la parte menos honda.

No hay nadie. Alzo la vista y veo a un hombre en el balcón de una de las habitaciones, bebe whisky. Hay polvo en el aire, no es uno de los mejores días.

Recuerdo hombres que se arrodillan y hunden sus caras en mis nalgas. Hombres que escupen sus penes y mi vagina. Hombres que me tiran del pelo y me llaman puta en idiomas que no conozco. Hombres que se corren en mi cara. Hombres que cuentan chistes después de que la filmación acaba.

Cierro los ojos y me veo en un centro comercial, después en el barrio donde crecí. Juego con papá, le pregunto por qué tenemos que cambiarnos de casa.

Estoy en un avión, sedada, la azafata reparte vasos con whisky a los pasajeros.

Un espejo gigante, miro mis tetas. Dos días atrás me pusieron los implantes.

Lloro en la casa del padre de Andrea, tengo veinte años y el pelo muy largo.

Tomo helados en un colectivo. Por la ventanilla veo a una mujer desesperada, tuvo un accidente de tráfico, alguien está muerto o inconsciente en su auto. Intenta hacer una llamada por su celular.

Corro en un circuito cerrado, hablo sola, digo hay que salir de este lugar, hay que salir de aquí.

Una habitación de hospital, las luces apagadas. Entra una enfermera y me felicita, no sé por qué. A los segundos comprendo que acabo de ser madre.

Todo eso en la piscina aquella tarde. Imágenes simultáneas. Recuerdos.

## TERO

La voz de Laura, me quedo callado.

Hola, con quién quiere hablar, dice.

Veo el perfil de Abigail y de la niña en el auto, el sol da de lleno en el capó.

Cambio el auricular de mano. La recuerdo: una chica tímida que vendía ropa de mujer en un centro comercial.

Cuelgo.

Alejarse significa que podés no estar donde deberías.

Pienso en Laura y en Fabio, mi hijo. Ahora debe de tener ocho años.

¿Qué pasaría si cayeran bombas atómicas en Estados Unidos?, pregunta Andrea.

Ya no van a caer, ya no hay Guerra Fría, dice su madre.

Papá murió en un aserradero. Mamá hacía las compras en un supermercado. Uno de los trabajadores me buscó al colegio y me dio la noticia mientras manejaba de vuelta a casa.

La tarde de mi boda estaba toda su familia y Laura dijo que había visto a sus hermanos llorando en el baño. Papá se casó borracho, con la cabeza vendada porque la noche anterior había tenido un accidente. Se durmió manejando. Laura me pidió fotos de él. Las vio en silencio durante casi una hora.

A ellos les cuesta, yo soy su hermana pequeña, ¿qué otra cosa pueden hacer?, dijo.

Los hermanos eran mayores. Uno es ingeniero, el otro puso una tienda de repuestos.

Acelero hasta dejar dos autos en el camino. Las vacaciones. El final de las vacaciones. La primera vez que tomé una cerveza con mis amigos. Eso en mi cabeza repitiéndose una y otra vez. Mujeres riendo o pintándose las uñas de los pies. Escribiendo mi nombre en un cuaderno. Llamándome por mi apodo.

Si se nos vuelve a pinchar una de las ruedas no tenemos la de auxilio, Andrea se insolaría, las movilidades pasan con intervalos de horas.

¿Qué deformaciones ocasionaría la radiación?, pregunta.

Ya te dije que no caerán bombas porque la Guerra Fría acabó, dice Abigail.

¿Nos convertirá en mutantes? ¿Tendremos superpoderes?

Una polaroid. Tres personas: el padre, la madre y el niño. Todo mi mundo conocido no hubiera sido posible si no me hubiera ido. Todas las fugas son quiebres de la identidad. La gente se mete en el auto y conduce, deja calles. Se cuenta historias. Se facilita las cosas.

El hombre que hubiera sido, que debí ser.



Los desastres atómicos poblando la imaginación de Andrea, recuerdo a Fabio.

El niño sentado en el asiento trasero de un Toyota, delante Laura y su novio o su esposo. Todas esas caras.

*Enciende un cigarrillo, guarda la cajetilla en uno de los bolsillos de su campera. Rasca su barba y se pasa una mano por la cabeza totalmente rapada.*

Papá murió trabajando en un aserradero, yo tenía diez años. Una sierra lo partió por la mitad. Mamá se casó al año y se divorció a los dos, volvió a casarse a los cinco y se fue con su esposo a España. Me quedé con mi abuelo.

Entré en el auto y dejé la ciudad. Escuchaba todas esas canciones: «Unknown Legend», «Song for a Winter's Night», «Sad-Eyed Lady of the Lowlands». Era como meterse en un río y bucear y no pensar en nada. Hundir la cara en una bolsa llena de frutas. Astronautas perdidos. El sol inmenso, calcado en un fondo negro. La desintegración, la ausencia de dolor. Conduje, eso fue todo, no pensaba en el niño, en la mujer viendo televisión, calentando la mamadera, hablándole.

*Entramos en un supermercado, Tero va a la sección de bebidas, pone un paquete de seis cervezas en una canastilla y destapa un energizante. Bebe un trago y se apoya en una de las estanterías de productos para el pelo.*

Vomito en un cementerio, escucho a Abigail y a la niña dando vueltas. Sé que se bajaron porque oigo sus pasos. Cuarenta grados a la sombra.

Fabio y Laura salen a las carreras de la casa. Hay cumpleaños. Hay tardes en las que miran televisión juntos. Hay largas caminatas por centros comerciales o supermercados. Hay intercambio de regalos. Hay momentos en que ella lo ve dormido.

Aquí todos son nazis, dice Abigail.

## ABIGAIL

Tero no sale de la habitación excepto para comprar cerveza. Bebe con el televisor encendido. Acumula las latas en la mesa y en la alfombra.

Lo encuentro dormido en la silla, lo desvisto y lo meto en la cama. Me acuesto a su lado y lo abrazo y paso una mano por su pelo. Caigo dormida y cuando despierto al día siguiente conversa con Andrea en el porche. Está sin polera, Andrea sigue con el mismo vestido sucio que lleva desde hace cuatro días. No estoy segura de qué hablan, lo más probable es que ella le pregunte ese tipo de cosas que siempre rondan por su mente, bombas atómicas o vida en otras galaxias.

*Sonríe. Se suelta el pelo. Se queda callada por mucho tiempo. Recuerda todo eso.*

Al verlos, pienso en el padre de mi hija, un futbolista que se fue a jugar a un equipo argentino. Hablan por teléfono, pero es como si hablase con un desconocido. No lo necesita.

Vamos a la piscina y Tero se encierra en la habitación con cervezas. A veces se acerca y se sienta un rato con nosotras, tiene el cuerpo tan pálido que el sol lo irrita. No habla, nos ve nadar y luego vuelve a encerrarse en la habitación. Andrea pregunta qué le pasa y yo le digo que no lo sé.

Me da un poco de pena.

¿Pena?

Nunca pudo dejar un lugar del que tuvo que irse.

¿Por qué pensás eso?

No responde, vuelve a zambullirse y cuando aparece en una de las esquinas de la piscina, dice que es un delfín.

¿Hay delfines mujeres?, pregunta.

*Maneja a baja velocidad. Se queda callada durante largos segundos. Miro los dedos de sus pies, la pintura roja de sus uñas. Son pies pequeños. Ninguna vena los marca.*

Estamos en un bar, hay una fiesta. Un grupo local toca y varias personas bailan.

Hay hombres sin mujeres, me miran.

Vamos a bailar, le digo.

Al principio no se muestra animado, pero luego me lleva a la pista. Bailamos canciones lentas. Paso una mano por su nuca y me agarra la cintura, su aliento es una combinación de cerveza y cigarrillos.

¿Alguna vez pensás en casarte?, pregunta.

¿Casarme?

Casarte.

Apoya la frente en mi hombro. No puedo verle la cara, toco su nuca.

Casarte, vivir con otra persona, dice.

Río. Tero no bromea. Pienso en una pequeña casa, en una cocina, en un trabajo estable, en una vida donde las cosas estén relativamente ordenadas. Pienso en cumplir cuarenta y en algún hermano para Andrea.

¿Crees que necesito casarme?

Respira en mi cuello. Los hombres nos observan, la música es estridente. Paso dos dedos por su nuca, separo su cuerpo del mío, lo miro a los ojos pero él esquiva mi mirada. Lo beso, es la primera vez desde que emprendimos el viaje. Apenas responde.

Voy al baño, ya vuelvo, dice. Camina tambaleándose. No está borracho, pero camina de ese modo, como si arrastrase un cansancio de años, cosas no resueltas. Memoria que no ha compartido con nadie.

Bebo cerveza y me fijo en las personas que bailan. Mujeres de distintas edades, hablan, ríen. Andrea está sola, despierta, aburrida. El televisor es la única luz del hotel. Hay gente que se mete heroína bañada por esa luz. Gente que reza o que come a altas horas de la noche.

Los hombres se amontonan en la barra para pedir cerveza. Gritan, cuentan chistes. Se abrazan y dicen cosas y vuelven a reír.

Toco la puerta del baño.

Tero, oye, Tero, ¿estás ahí?, ¿me escuchás?

No responde.

Suciedad. Nombres escritos en la pared, el espejo está roto y los grifos abiertos. Alguien escribió el número de teléfono de una mujer que lo dejó. Alguien se encerró en un cubículo y mordió el tubo de un arma, lloró. La guardó en el bolsillo y regresó donde lo esperaban sus amigos, contó chistes. Alguien se hizo la paja. Alguien se prometió ciertas cosas en este baño. Alguien rompió esas promesas.

Tero, ¿estás ahí?

No responde. La música es ensordecedora. Fuma sentado en el inodoro del último cubículo.

¿Qué pasa?

No dice nada, lo ayudo a levantarse, salimos del bar. Caminamos hacia el hotel. No hablamos en todo el trayecto.

Lo desvisto, nos metemos en la cama. Lo hacemos con las luces apagadas. Tero se voltea y queda dormido de inmediato, le miro la nuca, la espalda transpirada. Doy vueltas, pienso en Andrea, en mi madre. Pienso en Tero, en la felicidad de todos nosotros, esa frágil idea que nos ayuda a sobrevivir cuando no nos obsesionamos con ella; pienso en la suerte que hemos tenido; en cumpleaños de quince; en besos robados; en mascotas perdidas; en los masajes en la espalda que me daba el padre de

Andrea, decía que yo era una mujer voluble, que me iría un día. Bailamos solos en una habitación de hotel, reí por sus chistes. Pienso en el hombre con el que voy a casarme. Tengo un nuevo hijo, le enseño el abecedario, tomamos helados en tardes soleadas. Compramos adornos y amoblamos una pequeña casita. Pienso en lluvias constantes cayendo sobre el asfalto. En autos con los faros rotos. En set vacíos. En semen seco en el suelo.

Abro los ojos y lo encuentro mirándome.

Hola, dice.

Sonrío, comienzo a llorar.

Hola, vuelve a decir.

Hola, respondo.

## ANDREA

Estoy sentada en la falda de Tero, manejo.

Tené cuidado, mirá que los autos pasan a toda mecha, dice mamá.

Tero se encarga de acelerar, de frenar y de la caja de cambios.

Vamos más rápido, más rápido, pido.

Acelera.

Bajá la velocidad, no seás loco, es una niña, dice mamá.

La carretera está vacía, no hay autos ni animales, sólo sol y piedras.

¿Cómo lo estoy haciendo?, pregunto.

Vas muy bien, dice Tero.

Escucho el motor y la respiración de mamá, pero ya estoy en otra parte, flotando en el espacio. Soy una pequeña roca lunar que viaja en el vacío rodeada de otras rocas lunares. Somos restos, pedazos de la muerte de un planeta.

*Caminamos por los pasillos del shopping. Andrea acaba de subirse a un banco. Hay gente de distintas razas. Mira a la cámara y sonrío. Se baja de inmediato, siempre que mira a la cámara se sonroja.*

Un auto viene en el sentido opuesto, tengo miedo, pero Tero agarra el volante y no sucede nada.

V

*Cuando llegué a casa después de rodar durante casi todo el día, encontré una nota de Cristina.*

*Escribió:*

*Salí con los compañeros a festejar el cumpleaños de Jack. Llegaré tarde.*

*Jack es el director de la obra, de ésta y de otras cinco en las que trabajó. Es un francés que llegó al país hace algunos años.*

*Hice té, entré en el pequeño estudio y busqué las cintas caseras. En los dos años que llevamos juntos hicimos una montaña de grabaciones. Saco algunas al azar y pongo una en el equipo.*

*Cristina durmiendo, un primer plano de su cara.*

*Cristina desayunando cuando hacía tan sólo tres minutos que se había despertado.*

*Cristina bañándose. Un plano de sus pies y de su pelo húmedo.*

*Cristina sonriendo. Dice ¿quierés que haga mi pose sexy?, decime si querés que haga mi pose sexy.*

*Cristina entrando en el auto, nerviosa porque en unas horas tendrá una audición.*

*Cristina en una obra de David Mamet representada ante un público que se reducía a los alumnos de la Escuela de Teatro.*

*Cristina en distintos momentos de nuestra convivencia.*

*La mayoría de los videos son de ella, yo salgo en unos pocos.*

*Preparo otro té. Vivimos en el quinto piso de un edificio relativamente nuevo, lo alquilamos a una amiga que se fue del país.*

*Hoy fue un día en el que el rodaje dio un giro acertado. Tero habla de su familia como si fuese un país exótico del que tuvo que irse. Un lugar que dejó por razones que no tiene claras.*

*No puedo verlo como un padre, me resulta difícil, incluso cuando habla de Andrea. No concibo que esa relación en algún momento se haya tomado paternal.*

*¿Su esposa sabrá que se dedicó durante un tiempo a hacer películas pornográficas?*

*¿Cuándo y por cuánto tiempo conocemos a nuestras parejas? ¿Hay ciertos momentos en que ese conocimiento es posible?*

*Vulnerabilidad. Cuando más posibilidades tenés de hacer daño hay mayor espacio para el conocimiento.*

*¿Se habrá vuelto a casar? ¿Cómo reinicia su vida una mujer cuyo esposo sale a dar una vuelta y no regresa más?*

*Lo imagino dentro del auto, conduciendo solo, no pensando en que dejará a su familia. Un hombre que da vueltas en un día entre semana, pero que cada vez le*

*cuesta más dar marcha atrás, retomar las calles habituales.*

*Sigo viendo los videos.*

*Éste es uno de mi cumpleaños. Cristina trae la torta, la asienta en una mesa donde están algunos amigos.*

*Alguien me quita la cámara y comienza a filmarme. Cristina permanece a mi lado, me rodea con un brazo y susurra algo en mi oído. Todos aplauden.*

*Despierto por el sonido de la puerta. Deja su bolso y las llaves sobre la mesa. El televisor está encendido pero no hay ninguna imagen. Camina nerviosa alrededor de la sala, ha bebido y seguramente inhaló algunas rayas. Va a la cocina, me saluda desde ahí.*

*¿Por qué no estás durmiendo en la cama?, pregunta.*

*No sé cuánto tiempo dormí, no sé qué hora es.*

*Entro en la cocina. Cristina se saca los tacos y los deja sobre una silla, luego bebe un trago de agua.*

*¿Cómo te fue?*

*Hace una mueca que no entiendo, no sé si me dice que se aburrió o que la pasó bien.*

*Ocupo una de las sillas y bostezo. Cristina bebe otro vaso de agua y va al dormitorio.*

*Permanezco unos segundos sentado, me duele el estómago.*

*Maldice. Tiró algo al piso, sus pinturas o la lámpara del velador.*

*Cristina, digo.*

*Se queda callada. Apago el televisor; llevo los videos de vuelta al estante y me siento en mi escritorio con la luz apagada, rodeado de películas, rodeado de algunos de los mejores momentos de mi vida.*

*Cristina divirtiéndose en uno de los bares que frecuenta. Ríe y habla más de lo que debería. No estoy seguro de si la imagen que tengo es un recuerdo o un invento. Toda relación llega a un punto en el que los recuerdos y la imaginación se confunden, no hay una diferencia precisa, no sos plenamente lúcido para saber qué clase de vida tuviste y qué clase de vida te estás inventando.*

*Cristina bailando con extraños.*

*Cristina encerrándose en el baño y pintándose los labios.*

*Cristina conversando con desconocidos.*

*Imágenes de mi mujer cuando estoy ausente.*

*Me acuesto en mi lado de la cama, cierro los ojos, fantaseo con Abigail. Dice que quiere irse a vivir conmigo.*

*Pegunto:*



*¿Adónde vamos a irnos?  
Abigail ríe y desaparece.  
Estoy solo en un lugar que no conozco.  
Solo en una habitación de hotel.*

*A la mañana siguiente vomita en el baño.*

*Preparo el desayuno.*

*Al cabo de diez minutos llega con la mochila en el hombro, toma café pero no quiere tostadas.*

*Tengo ensayo y detesto hacerlo con el estómago lleno, dice.*

*Enciende el televisor y hace el recorrido habitual por los noticieros matutinos.*

*No tardo nada, digo.*

*Me doy una ducha rápida. Cuando salgo, veo manchas de sangre en el piso, mi novia está con su periodo. En los bordes del inodoro, restos de vómito.*

*Ése es el movimiento de nuestros días cuando dirijo y ella actúa en una obra.*

*Primero la dejo en la Escuela de Teatro y después paso por la casa de Leonardo y Arturo, dos chicos con los que trabajo desde hace cuatro o cinco años.*

*En el trayecto Cristina fuma. No usa los lentes de contacto, esta vez lleva los de montura vistosa.*

*¿Había mucha gente en el cumple?, pregunto para romper el hielo.*

*Se lleva el cigarrillo a los labios.*

*Estaba toda la gente que no querés.*

*Nunca dije que no quiero a esa gente, digo.*

*Sabe que miento, por eso no contesta. Se limita a mirarme fastidiada.*

*Baja y me quedo en el auto viéndola acercarse a un grupo de personas que conversa sentado en una de las gradas. La ven y levantan las manos como si estuviese llegando después de ausentarse por largos años.*

*Saluda a todos con un beso y un abrazo. Hago contacto y me alejo despacio. Enciendo la radio y busco algo de música. Manejo lo más deprisa que puedo una vez que retomo la ruta principal, veo el paquete de cigarrillos que olvidó en el asiento.*

# VI

## TERO

La segunda llamada fue desde la habitación de uno de los hoteles.

Andrea y Abigail recorren el pueblo.

Estoy sin cervezas, tengo el cuerpo cubierto de transpiración. Fiebre. No todo funciona como debería.

Hola, dice alguien. La voz de un hombre.

Cuelgo.

Me acuesto en la cama y enciendo el televisor. En este hotel no hay piscina, la ventana da a un estacionamiento.

Una pareja llega en un Sedán negro. La mujer baja con dos bolsas del supermercado.

Algún día me vas a dejar en la bancarrota, dice el hombre.

La vista empieza a nublarse. Paso una mano por el abdomen, toco una masa líquida y pegajosa. Transpiro.

Una mujer se va de su casa. Un hombre sale a la puerta y grita groserías, la mujer corre y sube a un colectivo y después de unas cuadras baja y sigue corriendo. Es una película en blanco y negro, la señal está con interferencia. El cielo plomizo y los edificios y nuevamente el rostro de la mujer.

Enciendo el ventilador, estoy descalzo y sin polera. Lo único que llevo encima son los jeans. Están sucios, manchados con grasa y aceite.

La mujer que bajó con las bolsas del supermercado vuelve al auto. Grita:

¿Dónde pusiste mi bolso?

Lo dejé en el asiento trasero, contesta el hombre.

Lavo mis dientes, tengo los labios reseco y el aliento amargo. Estoy enfermando. Partes separadas, una conglomeración de muchísimas partes. Soy yo. Soy esta cosa. Alguna vez escribí cartas, fotografié a chicas que dormían. Espié en casas de extraños.

La mujer en la película está encerrada en un ascensor, tiene dieciocho, menos. Un plano de su rostro, acné, los ojos rasgados. Se abren las puertas y sale a la terraza de un edificio, camina unos pasos, salta. No hay sangre, un cuerpo de muñeca, algo tendido en el suelo. Un plano lejano. Interferencia. Sonido de lluvia. La pantalla se pone negra.

Voy al teléfono y marco el número.

La misma persona:

¿Quién habla?

Cuelgo.

En el estacionamiento un niño negro escribe QUIERO SER UN DIBUJO ANIMADO.

¿Por qué?

¿Por qué pintarrajeo una pared que no es la mía?

¿Por qué quieres ser un dibujo animado?

Sube en el capó de un auto. De la mochila extrae una manzana y le da un mordisco. Mira algo que se mueve detrás de unos autos.

*Bob*, oye, *Bob*, vení aquí, le grita a un cachorro que corre y se para de dos patas en el capó.

Hambre. Mareo. El pelo está mojado, transpiro y me deshidrato despacio.

Te dije que la dejé en el asiento trasero, sos una ciega, ¿cómo puede ser que no encuentrés tu cartera?, reniega el hombre.

El niño le da parte de su manzana al perro, la vista vuelve a nublarse. El cuerpo difuso, como si no tuviese huesos, sólo membranas y cartílagos. Hay un desdoblamiento. Veo los dedos de mi pie: soy esto, pienso. Soy grasa abdominal, la suciedad debajo de las uñas. Los tendones. El sabor a fierro en la garganta. Todas estas cosas soy.

Sí que está transpirando. No tiene buena pinta, dice el niño.

La pareja busca la cartera en el auto, la mujer dice:

Te dije, no está.

Me acuesto en la cama. El hombre que le gritaba groserías a la mujer conduce una camioneta, cruza el campo y llega a una ciudad, tiene los labios rotos. La pantalla se oscurece y las imágenes vuelven al cabo de unos segundos.

Alzo el teléfono, marco. Contesta:

Lau. Oye, Lau, ¿estás con gente?, ¿éste es un buen momento?

*Mira por la ventanilla del taxi. Estamos parados en un semáforo en rojo, un grupo de chicos seguidos por su profesora cruza la calle. Baja la ventanilla y enciende un cigarrillo. Cuando los niños llegan al otro lado de la acera los autos avanzan. Fuma caladas profundas y parte de la ceniza cae en el asiento, no se molesta en limpiarlas. Tiene los labios pasmados y el pelo empieza a crecerle, fuma intermitentemente. El taxista nos mira por el retrovisor.*

Todos estos años y le pregunto si está sola, si no es un mal momento.

Hay algo de impostura en los regresos, yo no quería regresar, quería husmear en los cambios, en las personas que puede ser gracias a que no estoy con ella.

Laura se queda callada, respira pesadamente. Está ahí, se muerde los labios, juega con el cable del teléfono. Lloro.

¿Por qué estás llamando ahora?, pregunta.

Fabio zambulléndose en una piscina, abriendo los ojos debajo del agua. Dibujando en las paredes de la casa. Manchándose con comida. Mintiendo. Viendo postales y fotos viejas. Escribiendo su nombre en el reverso de fotos de personas que

no conoce.

Llora, un silencio largo.

Lau, digo.

Se encierra en el baño de la casa donde vivimos al mes de casados, tiene veinte años. Ríe. Está desnuda. Acabamos de coger. Fumamos mucho. Envejece despacio. Apoyo el oído en la puerta. No tenemos hijos, hablamos de viajes y de películas y de drogas. Me miente, dice que estuvo con cinco hombres antes de dormir conmigo. La persigo por la casa, por el jardín. La veo dormida. Almorzamos en un restaurante donde no hay clientes. Hablamos de la vejez, de enfermedades coronarias, de dentadura manchada con nicotina. Cuando éramos niños odiábamos a nuestros padres.

Lau, digo.

Se queda en el baño, desnuda. Ríe. Recuerdo todo esto, tengo fiebre, veo doble. Es como caer de un avión. Así debe de ser. Caer en cámara lenta. El fuego en cámara lenta. La belleza de los movimientos lentos, de las destrucciones masivas, de las explosiones en cielo, de la ausencia absoluta de sonidos, del comienzo de todos esos colores.

En algún momento pensé que habías muerto, dice.

Un hombre se mete coca y baila en el baño completamente solo. Un hombre, en una de estas habitaciones, escribe su nombre en una de las puertas del ropero, se roba las toallas o se pinta las uñas. Se viste como mujer y se mira en el espejo.

No estoy muerto. Estoy lejos, digo.

Casi no te escucho.

La película sigue. El hombre maneja, el sol le da en la cara, cierra los ojos y después de unos segundos los abre: cientos de perros muertos. Cierra los ojos y después los abre y ya no está en el auto, sino en un parque de diversiones. Es un niño que corre, no puede entrar en ningún sitio porque es muy pequeño. Hay luces por todas partes. Abre los ojos y otra vez la ruta y el sol y la sangre manchando su camisa, cosas que no pueden borrarse con sólo cerrar los ojos.

¿Estás con alguien?, pregunta.

No.

Estaciona la movilidad, camina por una ciudad donde no hay nadie, una ciudad llena de perros muertos. Tiene los dientes rotos.

No estoy con nadie, repito.

Se cambió el color del pelo. Tuvo otro hijo, nació por cesárea. Algún hombre la vio desnuda. Le dijo cosas en la oscuridad. La acarició y la sintió respirar. Le hizo promesas, le dijo que olvidaría todo. Que la mala suerte acabaría. Ella tuvo que creerle. Necesitaba creerle.

¿Dónde estás?

No te escucho.

¿Desde dónde hablás?

## ABIGAIL

No sé cuándo empecé a ver a mi hija desde afuera.

En un principio las madres vivimos en el mundo de nuestras hijas. El mundo de nuestras hijas es una prolongación de nuestro propio mundo. Intuimos sus reacciones, ellas son partes menos dañadas de lo que somos. En un comienzo, en los primeros años, las hijas son la vida de nuestro pasado. Pero el quiebre acontece y empezamos a mirarlas desde afuera. Tarde o temprano sucede, las vemos desde una brecha, no sabemos cómo pasó. Se hacen grandes, envejecemos. Se hacen viejas, morimos.

*Caminamos por un centro comercial, usa gafas negras. Bajamos por una escalera mecánica. Las pocas personas que hay se vuelcan a verla. No porque estemos con el equipo de filmación, Abigail es de las mujeres que provocan esas reacciones.*

Andrea se acerca a una tienda de zapatos.

Pará, digo.

No me hace caso, se pierde de vista. La llamo pero no responde. Al cabo de diez minutos veo que uno de los empleados le pone unos zapatos.

Dice:

¿Me quedan bien?

Pareces una princesita, dice él.

No quiero que sepa que la espío. Pienso en muchas cosas. Pienso en la vez que viajamos a La Paz y nos hospedamos en el residencial de la inglesa. Pienso en la vez que conocí a Carlos Weiler en una discoteca y me ofreció trabajar para Venus. Esa tarde la pasé caminando tratando de decidir si tenía que hacerlo o no.

Observa los zapatos en un pequeño espejo. Se sorprende al verme:

¿Cómo me quedan, ma?

Te ves hermosa.

El empleado sonrío.

Ustedes no son de aquí, ¿verdad?, dice.

No, somos turistas.

Tiene una niña muy inteligente.

¿Me los puedo quedar?

Claro.

¿Los guardamos en la caja?, pregunta el empleado.

Me los quiero dejar puestos, dice Andrea.

Salimos de la tienda con los zapatos viejos en la caja de los nuevos. Caminamos por la ciudad y caemos en la cuenta de que no sabemos cómo se llama. Andrea me

pide las gafas.

¿Cómo me quedan?

Te ves más grande, no tenés por qué ser más grande.

No quiero ser más grande.

Llegamos a unos basureros, hay vagabundos. Andrea les dispara, los mata uno a uno en su pequeña cabeza. Algunos comprenden el juego y se hacen los heridos y caen al suelo acribillados por una niña de siete años que está haciendo una masacre imaginaria.

Digo:

Vamos, sigamos.

Subimos a un colectivo. Ocupamos el asiento trasero. Vemos casas, autos, árboles. Andrea apoya la cara en el vidrio y saluda a la gente.

¿Qué crees que está haciendo papá en este momento?, pregunta.

No sé.

¿Entrenando con el equipo?

Ni idea, Andrea.

Se va a casar.

¿Cómo sabés?

Me lo dijo la otra vez, cuando hablamos por teléfono.

¿Por qué no me contaste?

No sé.

Cuando se enteró que trabajaba en películas pornográficas llamó a medianoche. Amenazó con quitarme a Andrea. Llamó desde Brasil, su equipo tenía un partido en alguna ciudad de ese país. Había bebido, me insultó. Tenía la voz ronca y estaba solo en una habitación de hotel. Lo escuché sin decir nada, nos quedamos callados durante varios segundos y luego colgué.

Canta, se aburre y se recuesta sobre mi falda. En todo momento lleva las gafas.

Dice esto:

Soñé que volábamos y llegábamos a un lugar muy frío, el Polo Norte o algo parecido. Lo único visible era el hielo, hielo por todas partes. Nos bajamos del avión y entramos en un taxi y llegamos a una de esas casas donde viven los esquimales.

Regresamos al hotel en taxi. Andrea le cuenta al taxista lo que hizo con los vagabundos en los basureros.

¿Por qué los mataste a todos?, pregunta.

Porque era divertido, contesta.

Me mira y veo mi reflejo en las gafas. Vuelco la cara y veo las calles que dejamos atrás, las personas que entran y salen de distintos comercios, los autos estacionados, los niños que juegan en las esquinas de las casas.

Cuando nació, lloré toda la tarde, no quería verla. Luis decía que estaba loca. Tenía sueños raros: a papá se le caían los dientes mientras cantaba. Los compañeros de colegio morían en brutales accidentes de tráfico. Me bañaba en agua bendita.

Rezaba en el desierto y construía una pequeña casita. Ese tiempo pasó. La primera vez que dormí con ella tuve miedo de aplastarla. Asentaba un dedo bajo su nariz para constatar que respiraba.

Yo la conozco, ¿nos vimos en alguna parte?, pregunta el taxista.

Andrea me observa. Mi cara en las gafas, soy yo, estoy ahí.

No creo.

El taxista no deja de mirarme. Sonríe, asiente.

La conozco de alguna parte, de verdad. Su cara se me hace conocida, insiste.

Llegamos al hotel.

Un niño escribe en una de las paredes QUIERO SER UN DIBUJO ANIMADO.

La misma frase está escrita en varios lugares, incluso en el suelo.

Tero duerme, Andrea salta en la cama y lo despierta. Abraza a mi hija.

Mirá lo que me compraron, dice mostrándole sus zapatos nuevos.

Vas a romper corazones, igual que tu madre, dice.

Ocupo una de las sillas. Olvidó apagar el televisor antes de quedarse dormido.

Hombres montados a caballo cruzan el desierto. Los animales son viejos y están famélicos.

Mirá, mamá, ese chico está rompiendo los vidrios.

El negrito arroja piedras a los autos. Una mujer sale de una habitación y grita. Viste una bata, tiene el pelo mojado, fuma un cigarrillo. El niño corre, la mujer se queda muy quieta. Me mira. El aire está detenido. Todos nuestros miedos, estamos juntos. No hablamos.



## TERO

Dice:

Me volví a casar, el matrimonio duró dos años. De vez en cuando viene a casa a ver a Fabio. Es un hombre pequeño y educado, no es capaz de mirarme a los ojos, me tiene miedo y yo no lo respeto. Habla con Fabio, no sé de qué, se sientan en el living alrededor de treinta minutos y después se va, siempre que viene trae regalos.

Hay muchas llamadas de ese tipo.

Dice:

En un principio pensé que me iba a volver loca. Pensé que te habían raptado, que te asesinaron. Pusimos la denuncia en la Policía pero no encontraron nada, no había un cuerpo, nadie vio el auto, era como si te hubiera tragado la tierra. Desapareciste, legalmente no se podía hacer nada.

A veces la llamaba desde una gasolinera, otras desde un restaurante o desde la habitación del hotel mientras Andrea y Abigail estaban en la piscina. Ella contestaba y empezaba a hablar, yo escuchaba y no decía nada. Nunca me preguntó por qué me fui.

*Caminamos por el Parque Urbano. Hay niños jugando fútbol, boxeadores entrenando debajo de los árboles, parejas descansando recostadas en el pasto. Lleva las manos dentro de los bolsillos, camina muy despacio, tiene los dientes manchados de nicotina.*

Dice:

No estaba desesperada, quiero que entendás muy bien eso, nunca pensé que mi vida había acabado.

Sigue:

Comencé a salir con otras personas, me volví a casar, me divorcié. Fabio crecía rápido, aprendía a leer, a andar en bicicleta, a jugar fútbol. Llevaba a mis novios a las reuniones de los amigos y todos hacían como si vos nunca hubieras existido, y funcionaba, vos nunca exististe.

Carreteras, estaciones de servicio. Nos quedábamos sin combustible en mitad del camino y bajaba y llenaba el tanque con las reservas. El sol deterioraba la pintura del auto.

Perdía el conocimiento y luego volvía, igual que algunos recuerdos que había olvidado hacía años. Mi padre recopilaba madera por las tardes. Tenía un tatuaje de un barco en el brazo izquierdo. Sudaba mucho. Tenía cuatro años, lo veía desde la ventana. Mamá fumaba, leía revistas. Hablaba por teléfono.

Encontrábamos cadáveres de animales en el camino y Andrea me hacía detener el auto y bajaba a inspeccionarlos.

Olvidábamos los nombres de los pueblos y de las ciudades. Empezamos a quedarnos callados con más frecuencia, pasaban horas sin que abriésemos la boca. Andrea comenzó a hablar sola o con gente que inventaba. Abigail no le prestó mucha importancia.

Veían que agarraba el teléfono y no decían nada. Todos los pueblos se parecían, la mayoría de los hoteles tenía piscina. Me encerraba en la habitación o revisaba el motor del coche. Me masturbaba pensando en paisajes: el color de la carretera, la arena. El cielo sin nubes.

Andrea y Abigail tomaban sol, hablaban con gente, jugaban a las cartas. Las veía al correr la persiana. Soñaba que tomaba el auto y dejaba a Laura y Fabio. Conducía por horas en la nieve. Soñaba con mujeres que me cortaban el pelo y me afeitaban. Despertaba gritando. Abigail decía que todo estaba bien, besaba mi frente.

Estás conmigo, estoy aquí, repetía bajito, para no despertar a Andrea.

La llamaba todos los días. Laura contestaba y no se mostraba sorprendida.

La imaginaba de muchas maneras. Recostada en el viejo sillón, vistiendo ropa deportiva. Mirándose en el amplio espejo de la sala mientras asentaba el teléfono en el espacio que se formaba entre su oreja y su hombro. Imaginaba lo que hacía después de colgar, Laura encerrándose en el baño o yendo a la cocina. Hablándole a algunos de sus amigos y haciendo el amor. Bañando a Fabio. Pintándose las uñas de los pies. Afeitándose las axilas. Escribiendo cartas, haciendo crucigramas. Yo no existía. Era alguien que hablaba en horas insospechadas. No tenía cara, no tenía cuerpo.

*Examina sus dedos, luce cansado. Piensa en ese viaje como no lo hizo antes. Pasó más de un año desde la partida. Tero vive en un pequeño departamento del centro, trabaja en Correos, no tiene amigos, la gente lo llama por su verdadero nombre: Alfredo Cornejo. Nadie sabe el pasado que tuvo en el cine para adultos. Nunca volvió a ver o a hablar con Laura.*

Tenemos veintidós, volvemos de una fiesta, dejo a Laura en casa de sus padres, nos conocemos hace dos semanas. Sorprendemos a su hermana y a su novio en el sofá, están desnudos. Son las tres de la mañana.

Cuando descubren que somos nosotros, a la hermana le entra un ataque de risa que no consigue reprimir, tiene que ir al baño para que no la escuchen. El novio está avergonzado, no sabe si se siente amenazado o si puede estar tranquilo.

Laura le pregunta cosas, no entendemos qué dice.

Vuelve la hermana y lo acompaña a tomar un taxi. Reímos, hace dos semanas que nos conocemos. Sé unas cuantas cosas de su vida. Sé que trabaja en una tienda de ropa, que estudia Derecho, que le gusta Los Redonditos de Ricota, que detesta la

carne de res, que viaja todos los años a Argentina porque su madre es de San Juan.

Casi lo matan del susto, afuera seguía temblando, dice su hermana al entrar.

Tengo que irme, digo.

¿Querés que te llame un taxi?

Quiero caminar.

En un futuro vamos a hacer ciertas cosas. Vamos a subirnos al techo de la casa que alquilaremos y tomaremos sol. Nos haremos tatuajes. Pelearemos por dinero. Dormiremos en camas separadas. Tiraremos en horas insospechadas para no despertar al niño. Pero en ese momento, al regresar a casa caminando, no existía el futuro. Podía inventarla. Había algo maravilloso en el hecho de que no la conocía a fondo.

Llegué bien, digo por teléfono.

Pensé en vos todo el rato.

¿Qué pensaste?

Nada, te imaginé caminando solo. La calle, las casas con luces apagadas. El frío, eso.

Cuando me fui no pensé en ella ni en el niño. Había algo hermoso en desaparecer. En ser otro. En manejar durante horas, en detenerme en estaciones de servicio. En fumar dentro del auto. Era como apagar un interruptor. La luz acababa, comenzaba algo distinto.

*¿Nunca hablaste de esto?, quiero preguntarle. ¿Nunca se lo susurraste a nadie? ¿Te lo guardaste en la cabeza todos estos años?*

Cruzamos paisajes desolados. Andrea duerme, Abigail lleva gafas negras. Escuchamos rancheras. Estoy al volante desde hace tres horas, bebo agua de tanto en tanto. Chocamos contra un caballo que aparece de la nada, damos vueltas, el mundo gira y es sol y es un pedazo de cielo visto a través de un parabrisas destrozado. Sangre y dientes rotos y pulsaciones apagándose. El cerebro forma imágenes: tazas de té, latas de cerveza, llaves perdidas. Perros. Ropa de mujer en el piso. Todo pasa demasiado rápido, ni siquiera hay tiempo para gritar. No hay tiempo para pensar cuán absurdo es nuestro intento por preservar algo de lo que hemos hecho.

Un golpe es suficiente para no tener memoria.

Despierto. Andrea llora, no puedo moverme, no sé cuál es su estado. Abigail tiene medio cuerpo sobre el capó, es una mancha de sangre y pelo. Sus zapatillas son Adidas.

Tengo el cuello paralizado y sangre en la cara y en los brazos, no quiero mover las piernas porque estoy aterrado.

El caballo intenta levantarse, tiene las patas quebradas y se está muriendo, se desangra por dentro, quiere correr, irse lejos, pero está muriendo y lo sabe y se resiste, se resiste más de lo que yo me resisto. Su vida es más sana que la mía y lo

estoy viendo morir y estoy viendo la sangre de un animal que maté.

Andrea, digo.

Laura rompe cosas. Cuelga el teléfono. Le prende fuego a la ropa. Pincha las llantas de su auto. Besa a su amiga en la oscuridad de la sala de un cine. Le cuenta historias a Fabio antes de dormir.

Andrea está muerta. Abigail está muerta.

Lloro y pronuncio sus nombres. Tengo miedo y quiero salir de ahí y lloro.

Lloro.

*Se queda callado. Mira la punta de sus zapatos.*

La carretera imperturbable.

Andrea habla dormida y Abigail se da la vuelta y le pasa una mano por la nuca, bebe un trago de agua, el calor es insoportable.

El Chrysler es el único auto en movimiento. Me aferró al volante y tengo las manos transpiradas y temblorosas. Abigail se saca las gafas.

¿Querés agua?, pregunta.

No.

¿Faltaré mucho?

Falta.

¿Cuánto?

Volcamos. Un caballo se cruzó y le dimos. Andrea estaba muerta.

¿Qué cosa?

Empiezo a llorar. Paso el reverso de la mano por las mejillas.

¿Estás bien?, pregunta Abigail.

Andrea me mira y yo la miro por el retrovisor.

¿Un caballo?, pregunta.

Un caballo, respondo.

No quiero pensar en la muerte, tengo miedo de cerrar los ojos por mucho tiempo. Procuero no quedarme dormido en esta ruta. Quiero reprimir el instinto de destrucción, el deseo no confesado a nadie de que un caballo se atravesara, algo, cualquier cosa que provoque las vueltas del Chrysler, los huesos rotos, las heridas. Los puntos de ceguera: cuerpos, todos somos cuerpos y procesos fisiológicos y miedo y recuerdos y enfermedades no manifestadas esperando en los órganos. Sueño con mi corazón, con mi páncreas, con mis riñones. Funcionan. Yo soy todo eso.

Ya no hay más fantasías del desastre: el verano, tres personas insoladas dentro de un auto. Nos alejamos de las cosas como eran, como nos imaginamos que fueron.

Otro pueblo, después de unas horas, otro pueblo.

## ABIGAIL

Despierto muy temprano, Tero y Andrea siguen durmiendo.

Retengo imágenes del sueño: aviones que parten de aeropuertos, sombras de aviones, niños mirando el cielo.

Son las cinco, quizás un poco más temprano.

Camino por las instalaciones. Las luces están apagadas.

Hay viento, no hace frío. Llego hasta la piscina. No hay nadie. El agua es iluminada por los reflectores.

Diviso a un hombre a unos metros sentado en los bordes de la piscina para niños. Tiene los pies sumergidos en el agua.

Siempre me levanto a esta hora, dice.

No respondo de inmediato, lo reconozco al cabo de unos segundos, bebía whisky en la terraza de uno de los hoteles en los que estuvimos. Bordea los cincuenta, el desgaste empieza a hacerse visible en el vientre y en la papada y en el pelo escaso. No me asusto, es más, encuentro placentero el hecho de saber que no estoy sola a estas horas. Disfruto la compañía de un extraño.

¿Usted también está de viaje?, pregunto.

Siempre estoy de viaje, soy comerciante, dice.

*En el receso que Abigail tiene en su trabajo. Labura como recepcionista en una agencia de viajes. Se despertó muy temprano esta mañana, después de dejar a la niña en el colegio vino hasta aquí, condujo durante veinte minutos, todos los días hace el mismo trecho, ya está acostumbrada. Extrae un paquete de cigarrillos de su cartera y saluda a una de sus compañeras, todas visten igual, un uniforme que las asemeja a azafatas.*

Se llama Ricardo. Me cuenta que viaja desde que tenía veinte, la mayor parte de su vida la pasó en el camino. Se casó tres veces, a su primera esposa la conoció en uno de los viajes. La luna de miel la pasaron en el camino. Llama a su familia en cumpleaños o en Navidad. Los llama desde bares y hoteles. A veces le informan de que uno de sus hijos se casó o que una de sus hijas acaba de ser madre. Le explican que algún pariente murió.

Es algo a lo que me acostumbré, dice sonriendo.

Cuando ya es de día se acerca una muchacha y se mete en la piscina, lo rodea con sus brazos y le dice algo que no consigo escuchar.

Tengo que irme.

Suerte.

A vos también.

Ella vive en alguno de los pueblos que quedan en su circuito comercial. Pudo haberla conocido la otra noche, es la camarera de un bar, es una puta. La esposa de alguien más. Acepta verlo durante algunos días al año, en el caso de que sea cierta la primera impresión.

Hay pasividad en los acuerdos, en los sentimientos. Hay pasividad y renuncia.

Van por una carretera, ella revisa los mapas, él habla de los lugares que conoce, le cuenta historias. Peleas en bares, bolsas de dinero encontradas en el camino.

La luz del día está en todas partes.

La gente tiene el impulso de conocer a nuevas personas porque ése es el mejor sustituto del viaje. Conocés a otras personas y escapás un poco de tu propia vida. Mamá y su esposo tienen vidas que han pasado más o menos inalterables a través de los años. Cuando pienso en su generación ése es el cuadro que tengo: vidas que han sido viajes seguros. Viajes largos, inmensamente largos. Mi generación es la generación de los múltiples viajes, pero todos los viajes son cortos y accidentados y violentos.

Habla por teléfono, la mujer está recostada en la cama viendo televisión, le quitó todo el volumen. Veinte años los separan. Puede ser hija suya.

El sol cansa, es igual todos los días. Cualquiera podría morir si se queda tendido algunas horas a la intemperie.

Tero mete nuestras cosas en el portaequipaje y Andrea cava hoyos en la arena.

¿Dónde estuviste?, pregunta.

Arriba, contesto, y señalo la piscina.

¿Todo listo?

Sí, dice.

Andrea, desde el asiento trasero, se despide de alguien.

¿A quién saludás?, pregunta Tero.

A Luigi, responde.

No veo a nadie, sólo los autos estacionados en el garaje.

Saco el mapa que guardamos en la guantera.

Estamos a doscientos kilómetros de la próxima ciudad.

Quiero jugar a algo, dice Andrea.

¿A qué?, pregunto.

A algo, responde.

Son las siete y me invade el sueño.

Bajo la ventanilla, el aire está caliente, nos movemos en las entrañas de un dragón. Los tres perdiéndonos en el fondo de un horno.

El hombre y la muchacha encerrados en la habitación del hotel, bañándose juntos y haciendo el amor y luego durmiendo.

La deja en uno de los pueblos. Regresa. Utiliza el auto para volver a su familia. Su verdadera patria es su auto.

¿Cuánto va a durar todo esto?, pregunto.

Tero me mira y vuelve a concentrarse en la ruta. Acelera. Andrea habla sola.

¿Querés volver?

No, no quiero.

Podrías volver, no te retengo.

Lo sé, digo.

Ésa fue la única vez que lo hablamos. La única vez que pensamos que lo que hacíamos, el acto de desaparecer, se acabaría algún día. Nadie puede irse por mucho tiempo. Nadie puede convertirse en otra persona. Podés cambiarte el nombre, pero siempre vas a ser el mismo.

Pienso en el hombre veinte años atrás. Está con su esposa, una mujer vestida de novia. Un auto perdiéndose en el desierto, polvo, kilómetros. El velo de la novia en el viento.

## ANDREA

Vemos este caballo y digo paremos y Tero frena en seco y el auto hace una pequeña curva y mamá se asusta.

¿Qué pasó?, pregunta.

Bajate, digo.

Mamá se hace a un lado y corro hacia el caballo, que está a sólo un metro de la carretera. Lo atropellaron hace una semana. Está muerto, tiene la barriga hinchada y el olor es insoportable. Algunos pájaros dan vueltas y se acercan.

Llevo una mano a mi boca y me tapo la nariz y escucho a mamá llamándonos. La boca entreabierta, dientes largos y amarillos, las patas quebradas y las costillas insinuándose por la carne tersa. Corrió en el campo una o dos semanas atrás, un caballo salvaje cubierto de sudor y miedo. La memoria del caballo.

*Estamos en el recreo de su colegio, hablamos en un lugar apartado, sus compañeros la observan con curiosidad.*

Imágenes de campos abiertos y de lagos y de pantanos. Esa debe de ser la memoria de los animales.

Tero se agacha y se lleva una mano a la boca. Pregunto:

¿De dónde escapó?

No sé.

Mamá sigue apoyada en el auto, a varios metros. Utiliza una revista de visera.

Los ojos hinchados, negros, las pezuñas rajadas. Sangre en la carretera, alguien lo arrastró hasta aquí. Alguien lo mató y luego lo arrastró hasta aquí.



## VII

*Después del rodaje encuentro a Cristina llorando en la sala.*

*No sé por qué llora mi novia. Entreabro la puerta y la veo inclinada en el respaldo del asiento. Francamente no sé qué sucede.*

*Es una persona infeliz.*

*Una vez me fue infiel.*

*Pudo serlo muchas veces, pero tengo la certeza de que estuvo con un actor de teatro hace ocho meses. Nunca supo que me enteré de esa relación.*

*La conoció en una obra de Gombrowicz. Su nombre es Víctor.*

*Los vi besándose en su movilidad. No sé si alguien más supo lo que pasaba entre los dos. Fui a alquilar unas películas y los encontré dentro de un auto, discutían. Él la besó. Se tranquilizaron al cabo de unos segundos, empezaron a hablar con más calma, encendió la movilidad y se marcharon.*

*El videoclub queda lejos del departamento, fui porque me dijeron que podía conseguir películas de John Cassavetes.*

*Volví a casa un par de horas más tarde y encontré a Cristina en la cocina preparándose unos sándwiches, nos saludamos con algo de frialdad y nos sentamos a cenar. Nunca mencioné el incidente.*

*Víctor no llamaba a casa, era ella la que tomaba la iniciativa.*

*Después de un año, él se fue a Los Ángeles.*

*Seguimos adelante como si nada hubiese pasado, el comportamiento de Cristina no se vio alterado en lo más mínimo.*

*En el estreno oficial de la obra la vi durante los treinta minutos que duró Ivonne, princesa de Borgoña actuando junto a Víctor. Cuando acabó la función me lo presentó.*

*Dijo:*

*Él es la estrella del equipo.*

*Esa noche cenamos con el grupo de actores y con el director. Víctor estuvo un rato y después se marchó.*

*En las noches, cuando estábamos en la cama y Cristina leía o veía televisión, trataba de imaginar cómo había sucedido. Visualizaba los pequeños roces, el diálogo inocente o que pretendía serlo. Las caminatas o las vueltas en la movilidad de Víctor cuando la acercaba a casa. Trataba de inmiscuirme en una complicidad que nunca pude entender —y de la que obviamente estaba excluido—. Cuando se daba cuenta de que la miraba, me hablaba del libro que leía, nunca me preguntaba qué sucedía.*

*No supe si era feliz en los furtivos encuentros que tenían.*

*No supe si se trató sólo de sexo o si había algo más.*

*Me inclino a pensar que había sentimientos de por medio, ya que cuando los vi en el auto después de salir del videoclub, Cristina estaba alterada, no con esa ansiedad producto del miedo a ser descubierta. No se veía amenazada, se veía sola.*

*Alguien estaba apunto de quitarle algo que necesitaba para seguir gustándose a sí misma, para seguir estando bien con el mundo.*

*Eran felices juntos.*

*Toda esa felicidad era indisociable del miedo.*

*¿Por qué no terminó conmigo?*

*No tenemos hijos, no estamos casados, no hay nada que nos obligue a permanecer juntos salvo el deseo de estarlo. ¿Sabía que él se iría en cualquier momento del país y eso atenuó su deseo de abandonarme? ¿Tenía miedo de desencantarse si se iba a vivir con Víctor? ¿Miedo a que deje de ser el atemorizante y fabuloso juego que era cuando ninguno de los dos lo hacía público?*

*Jugar a no estar solos durante un rato.*

*Jugar a no estar solos en los estacionamientos o en los hoteles o en los restaurantes alejados del barrio.*

*Jugar a no estar solos cuando nadie los veía.*

*Con el tiempo llegué a pensar que la razón era mucho más sencilla: él nunca la quiso.*

*Cuando Tero habló de su esposa, de las llamadas telefónicas que sostuvo durante el viaje, pensé en Cristina y en la posibilidad de que ella se hubiera marchado. Pensé en las veces que hablaríamos por teléfono. No hay un límite preciso en los finales. Somos todas las personas que vivieron con nosotros.*

*Estoy viendo llorar a mi novia recostada en el sillón del living, las posibilidades de volver a un momento privilegiado son escasas, ya ni siquiera nos hacemos ilusiones. Cristina no es una persona feliz a mi lado. Y si ahora me lo pregunto, no creo que lo hubiera sido nunca. Tuvimos buenos momentos, en el comienzo, momentos placenteros, pero no fueron más que eso: distracciones, lugares agradables, lugares seguros.*

*Era más fácil vivir conmigo que hacerlo sola.*

*Abro la puerta y me acerco a la sala. Sabe que estoy viéndola llorar y no me dice qué le sucede.*

*La imagino con dieciséis años. Invento toda esa vida en la que ni siquiera puedo ser un mirón.*

*Llora con cierto ensimismamiento. Asienta la cara entre los brazos y deja que salga todo ese dolor del que estoy excluido.*

*Mi novia no tiene la vida que desearía y no puedo hacer nada al respecto.*

*Vivimos casi dos años en este departamento y apenas conozco lo que ella quiere que conozca.*

*El egoísmo en nosotros es una forma de proteger nuestras verdaderas vidas.*

*¿Cuál es la verdadera vida de Cristina? ¿Cuál es mi verdadera vida?*

*Talking Heads: las cosas se caían a pedazos y nadie prestaba atención.*

*Debería abandonarla, así como Tero dejó a Laura. Marcharme, entrar en el auto y recorrer distintos pueblos del país, agotarlos ahorros, filmarme mientras dejo atrás todo lo que considero mi vida. Filmarme mientras me alejo, mientras me pierdo por carreteras sin nombres. Hacer una película de mi incapacidad para tener una relación plena y saludable con la mujer que alguna vez quise. Llamarla desde alguna cafetería y decirle lo que ahora, al verla llorar; no puedo.*

*Alejarme de mi vida a toda velocidad.*

*Alejarme de mi vida significa no ver nunca más a Cristina.*

*Hace cuarenta minutos que está recostada en la bañera, dejó la puerta abierta y desde aquí veo su perfil.*

*Bebe té, tiene los ojos cerrados.*

*Quitó el volumen al televisor; en Cinemax pasan Qué bello es vivir. James Stewart corre por el pueblo sin reconocer nada de lo que ve. Su vida pasada desapareció. No existe, el mundo continúa sin él. El mundo puede seguir sin nosotros.*

*No estoy seguro de si Cristina se irá, quizás nada de esto sea verdaderamente grave y lo que padezca sea un momento de angustia pasajero.*

*Hace media hora llamé a la casa de Abigail. No supe qué decir y colgué. Cuando estaba en colegio lo hacía a menudo, llamaba a las chicas que me gustaban y cuando se ponían al teléfono, colgaba.*

*Scott Fitzgerald: toda vida es un proceso de demolición.*

*De ser esto cierto, no se trata de buenos y malos momentos.*

*No se trata de que la cantidad de malos momentos sea cuantiosamente superior a la de buenos momentos.*

*No hay una distribución arbitraria de la felicidad y de la desdicha.*

*Fitzgerald habla de un sistema. De que la vida, la de Cristina, la de Tero, mi propia vida, alcanza un punto álgido y que después todas las cosas van en caída.*

*Hay orden en el fracaso. Algo sucede, algo intercede y desde entonces caemos.*

*¿Qué es lo que le pasó a Cristina?*

*En los videos que tenemos en el estudio hay imágenes de una mujer totalmente distinta a la que estoy viendo ahora.*

*Cristina subida en una mesa fingiendo ser una directora de orquesta.*

*Cristina recostada en el sillón diciéndome que acaba de soñar que el departamento se incendiaba y que ella era una niña que observaba sin miedo, con asombro.*

*Cristina bailando con mi padre en uno de sus cumpleaños.*

*Imágenes de otra Cristina.*

*James Stewart pierde la cordura al ver que todo lo que conocía no existe: su mujer; su familia. Su casa.*

*Tero, Abigail y la niña, los tres metidos en ese Chrysler polvoriento que cruza la carretera. Cuando acabó el viaje no se hablaron más, siguieron adelante. Vivieron sus vidas, sus versiones privadas del viaje que realizaron en conjunto.*

*Entro al baño, me siento en el inodoro y veo el cuerpo desnudo de mi novia.*

*Cristina no dice nada.*

*Agarro la esponja y la sumerjo en el agua, espero unos segundos y la saco humedecida. La impregno de jabón y empiezo a frotarle la espalda, su cuerpo es dócil y cierra los ojos y permite que me haga cargo. Se inclina ligeramente hacia delante y las vértebras marcan su espada, pequeñas protuberancias se forman en medio de la blancura. Sumerjo la esponja en el agua y vuelvo a estrellarla contra su piel. Gime de cansando o porque la sensación le resulta placentera.*

*A estas alturas James Stewart volvió a casa, está rodeado por sus amigos y su familia. Recuperó la vida que perdió, los finales felices son finales donde hay mucha gente, gente por todas partes. Es Navidad. Un ángel ganó sus alas.*

*Algún día estaremos separados y viviremos vidas distintas. A veces pensaremos en quiénes fuimos. No pensaremos en lo que estamos haciendo en este momento ni la razón por la que esta tarde lloró (si es que existe una verdadera razón). Estaremos con otras personas y recordaremos lo que no queremos recordar; así sucede siempre. No seremos los que somos ahora y no tendremos pena por dejar de serlo. Nos hicimos daño y podremos escapar cuando el cansando se nos haga intolerable.*

*Hundo la esponja en su piel y miro la parte de nuestro dormitorio visible desde el baño: la cama, los veladores, el póster de la película de los enanos de Werner Herzog. Imágenes típicas de nuestra vida en común.*

# VIII

## TERO

Estoy tendido debajo del auto, se nos averió en pleno camino. Desde donde me encuentro puedo ver los pies de Abigail y de Andrea. Se mueven de un lado a otro. Veo sus sombras proyectadas en el asfalto. Escucho el zumbido de algunos autos cuando pasan de largo.

No sé cuándo pasó esto, no sé si fue al comienzo o al final del viaje, antes de que el Chrysler se estropeará por completo. No recuerdo si ya nos habíamos quedado sin dinero o si todavía teníamos suficiente para despilfarrar. No recuerdo si las llamadas telefónicas habían empezado o si ni siquiera había pensado en ellas. Recuerdo que el calor era sofocante y que Abigail hablaba, la niña reía.

Si me quedo con alguna imagen, sería ésa. Una imagen en la que no participan personas, sólo partes de personas, las entrañas del auto, los ruidos que hay al otro lado del mundo.

Ruidos mortales.

Todo es mortal. Tengo polvo en la cara e inspecciono la movilidad.

Por un momento no hay pensamientos, hay mucho calor pero no pensamientos.

Todo es mortal, todo tiene un ritmo que se va enlenteciendo paulatinamente.

## ABIGAIL

Una de esas lavanderías públicas.

No recuerdo cómo se llama el lugar. Hay cuatro o cinco personas, todas pasan los cuarenta, aguardan sus ropas, algunas están de pie, otras están sentadas en los bancos. Dos hombres fuman, uno lee el periódico.

Las puertas son de vidrio, tengo una panorámica total de la calle.

No hay nadie.

No se escucha ningún ruido.

De pronto un auto se estrella en unos botes de basura y golpea un poste de luz. Las alarmas de los carros de la cuadra se activan. El chofer permanece inconsciente durante unos segundos. Cuando despierta, abre la puerta y escapa. Lo veo perderse por una de las calles, corre a toda velocidad. El auto está completamente destrozado, con ambas puertas abiertas. Nadie sale a la calle.

Ésa es la imagen con la que me quedo. La calle vacía, el carro hundido en un poste de luz.

Andrea tiene la cara apegada al cristal y asienta los labios en el vidrio, infla los cachetes como si fuera un pez.



## ANDREA

Estamos en el asiento trasero, es de mañana.

Pasamos a una familia que va en un camión. Mamá y Tero están callados y de repente empieza a llover. No es que no hubiera llovido otras veces pero nada anunciaba que llovería, el cielo estaba despejado.

Saquemos la cabeza por la ventanilla, le digo a Luigi.

Ya, saquémosla, dice mi amigo.

El agua nos da directo en la cara.

¿Qué pensás?, pregunto.

Soy una planta, contesta.

Cierro los ojos e imagino que soy una planta y que alguien me riega. Cuando los abro veo que hay sol a pesar de la lluvia.

Dejamos atrás a un hombre en una motocicleta. Luigi lo saluda.

¿Quién es?

No responde. Yo también lo saludo.

Mamá pide que me siente, pero sigo con medio cuerpo afuera. Esa es mi imagen favorita.

Cuando regresamos a nuestros asientos, veo la lluvia a través del parabrisas. También veo la nuca de Tero y de mamá. Seguimos en silencio durante varios minutos.

Luigi sale con esto:

Tus padres se van a divorciar.

Veo su cara pecosa y sus ojos negros, y se lo digo:

No están casados, Tero no es mi papá.